

La tentación de la inteligencia. Paul de Man lee a Roland Barthes

✉ JUDITH PODLUBNE / Universidad Nacional de Rosario – CONICET

judithpodlubne@gmail.com

Resumen

Cuando tuvo lugar el simposio de Baltimore, «Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista», Paul De Man era ya un especialista en romanticismo y posromanticismo francés, inglés y alemán, aunque no tenía aún ningún libro publicado. Roland Barthes, en cambio, acababa de publicar *Crítica y verdad* y su figura había alcanzado una notoriedad pública inusitada. De Man lo leía desde de *El grado cero de la escritura* (1953); había escrito sobre ese libro y *Michelet*. Es probable que las circunstancias no fueran recíprocas y que Barthes no supiera quién era De Man. El encuentro entre ambos resultó destemplado, debido a las objeciones que De Man le dirigió en el debate posterior a la lectura de «Escribir, verbo intransitivo». El artículo analiza el intercambio inicial, para examinar luego el ensayo «Roland Barthes and Limits of Structuralism», que De Man escribió en 1972. El propósito es mostrar cómo las lecturas de De Man ofrecen pruebas diferidas o manifiestas de resistencia teórica a las postulaciones de Barthes.

Palabras clave: Paul De Man • Roland Barthes • semiología • resistencia a la teoría

Abstract

By the time of the Symposium of Baltimore, «The Structuralist Controversy: The Language of Criticism and the Sciences of Man», Paul de Man was already a specialist in French, English and German Romanticism and Post-romanticism, although he didn't have any book published yet. On the other hand, Roland Barthes had just published *Criticism and Truth* and had gained some unexpected renown. De Man had been reading his books since *Writing Degree Zero* (1953); and had written about it and about *Michelet*. It is probable that there was no reciprocity and Barthes might have not known who De Man was. Their meeting turned out to be harsh because of De Man's objections after the reading of «To Write: An Intransitive Verb?». The article analyses the initial exchange in order to continue with the essay «Roland Barthes and Limits of Structuralism» which De Man wrote in 1972. Our purpose is to show how De Man's readings offer deferred or manifested evidence of rhetorical resistance to Barthes's postulates.

Key words: Paul De Man • Roland Barthes • semiology • resistance to theory

a Leandro Bohnhoff, en el gesto gratuito.

Fecha de recepción:

1/12/2016

Fecha de aceptación:

30/3/2017

La enseñanza romántica

A fines de los años setenta, en el prólogo a *El absoluto literario*, Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy advertían lo inapropiado que resultaba utilizar el término «romanticismo» para designar al «primer romanticismo alemán». Si bien el equívoco era extendido, en Francia se mostraba más profundo y tenaz debido al desconocimiento de los textos principales de los integrantes del llamado Círculo de Jena: los hermanos Friedrich y August Wilhelm Schlegel, Friedrich Schiller, Schelling, entre otros. La falta de traducciones al francés constituía, al decir de los autores, una de las lagunas más apabullantes entre las que, casi por tradición, distinguía a la cultura y la edición nacionales. La constatación no les impedía reconocer las huellas de la herencia romántica en la empresa teórica moderna, impulsada por el estructuralismo francés. De hecho, el objetivo del libro la prolongaba, negándose a reconstruir el romanticismo como un episodio concluido. En la perspectiva de ambos, los principios románticos eran *mucho más* que una herencia para la teoría literaria francesa. El «primer romanticismo», aquél que determinaría no sólo la posibilidad de que existiera un romanticismo en general, sino también el curso que tomaría la historia literaria (y la historia a secas), no describiría una *época*, un *estilo* o una *escuela*, consumada en el pasado, sino que inauguraría un *punto de vista* tan definitivo como vigente: el del absoluto literario. La enseñanza romántica establecía que el «proyecto teórico» de la literatura nacía con ella, al tiempo que impedía su fin y su definición. La idea, irónica en sí misma, excedía el sentido que el término «proyecto» transmitía, para aludir a la *crisis* histórica y conceptual que lo ponía en marcha. El primer romanticismo alemán, conocido como *romanticismo teórico*, instituía la *crisis*, la *cuestión crítica* de la literatura, el infinito proceso de cuestionamiento de sí misma, como el ser incumplido de la literatura. El incumplimiento inauguraba el juego paradójico de *la teoría misma como literatura*, lo que equivalía a decir, la literatura produciéndose y produciendo a la par la interrogación sobre sus propias condiciones de engendramiento. El absoluto literario era también, y tal vez antes que nada, afirmaban Lacoue-Labarthe y Nancy (35), esta *operación literaria* absoluta.

La modernidad teórica tendería a establecer un vínculo denegatorio, y por lo mismo incesante, con esa operación inaugural. Las demandas culturales, las prácticas institucionales, las modas críticas, las disputas conceptuales, leves o encarnizadas, suspenderían o impulsarían, según los casos e intereses, el mismo cuestionamiento que las haría posibles. «El romanticismo es nuestra ingenuidad» afirmaban Lacoue-Labarthe y Nancy (42). Una ingenuidad, no un error. El modo de desconocer lo que de todos modos se sabía; quizá, el único modo posible de atender a un pensamiento que asume el infinito como pauta constitutiva. «Ingenio —puntualizaba la frase inicial del fragmento 51 del *Atheneum*— es aquello que es o parece natural, individual o clásico hasta la ironía o hasta el continuo cambio de autocreación y autodestrucción» (139). La ironía, el poder mismo de

la reflexión o de la reflexividad infinita, el otro nombre de la especulación, sostenían Lacoue-Labarthe y Nancy, definía la dinámica propia del absoluto literario. La dialéctica de autocreación y autodestrucción de las ideas, que preconizaba Friedrich Schlegel, era garantía del afán destotalizador del pensamiento de Jena. El debate teórico moderno volvería a experimentar *una y otra vez*, no el legado, sino el *retorno crítico* de los motivos románticos. El carácter inconcluso de esos motivos decidiría en cada oportunidad un nuevo nacimiento.

En 1967, Paul de Man, que unos años más tarde postularía la *ironía* como el corazón de la naturaleza tropológica del lenguaje —la ironía no es un concepto, diría en diálogo con Kierkegaard, sino el tropo de los tropos—,¹ identificaba la *crisis* como la condición propia del pensamiento crítico. Además de un erudito en romanticismo, De Man era, él mismo, un romántico en ejercicio: un militante del absoluto literario, su más sagaz argumentador en la segunda mitad del siglo xx. Nacido y educado en Bélgica, se había radicado en los Estados Unidos a fines de los años 40. Lindsay Waters, su biógrafo, se asombra de que eligiera emigrar a ese país y no a Francia, dada la orientación de sus estudios e intereses. Entre 1937 y 1940, había cursado su carrera de grado en la francófoba Universidad Libre de Bruselas, donde inició su carrera como crítico y redactor de la revista literaria *Les Cahiers du Libre Examen*. La década del cuarenta había sido la de su formación intelectual en las relecturas francesas de Hegel, impulsadas por Jean Wahl, Alexandre Kojève, Jean Hyppolite, en las filosofías de Husserl y Heidegger y en la línea de reflexión de teóricos, como Georges Bataille, Maurice Blanchot, Pierre Klossowski, que articularon la inquietud filosófica con la reflexión sobre la literatura. Con esta biblioteca continental, desconocida para los norteamericanos, empezó a enseñar en los Estados Unidos. Durante una estancia en Boston conoció a Harry Levin y a Renato Poggioli, catedráticos de Literatura Comparada en Harvard, quienes lo invitaron a estudiar en esa universidad. Además de las posibilidades académicas que le brindaba, la invitación aliviaba sus apremios económicos. En 1960, obtuvo su doctorado con la tesis «Mallarmé, Yeats y la aporía posromántica». Su primer libro, *Visión y ceguera. Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*, reunió los trabajos de los años 60 y se publicó en Oxford en 1971. En «Crítica y crisis», el ensayo programático que encabezó el volumen, afirmó que «toda crítica verdadera se da en la modalidad de la crisis»² (1991:12).

La idea tutelaba el examen escrupuloso que De Man hacía del proceder estructuralista. El examen desestimaba el impacto trastocador que la nueva crítica francesa se arrogaba en la llegada a los Estados Unidos. Con un léxico todavía impregnado de fenomenología husserliana, De Man situaba los alcances de la noción de *crisis* en un efecto de lectura, preciso y específico.

Podemos hablar de crisis cuando se da una «separación», a través de la autorreflexión, entre lo que en el texto literario es conforme a la intención original y lo que se ha desprendido irrevocablemente de esa fuente intencional. Nuestra pregunta con respecto a la crítica contemporánea tendría que ser entonces: ¿Se ha dedicado la crítica en realidad a escrutarse a sí

misma hasta el punto de reflexionar sobre su propio origen? ¿Se está preguntando acaso si hace falta que el acto crítico se dé? (12)

Las preguntas anticipaban objeciones. El ensayo razonaría las dificultades de la crítica francesa para interrogar sus presupuestos. No habría argumentos ni síntomas que probaran que la efervescencia estructuralista estuviese rehaciendo la conciencia crítica de toda una generación. Resultaba pertinente, en cambio, ironizaba De Man, que dicha generación sintiera esa efervescencia como si se tratara de una crisis y utilizara el lenguaje de la crisis para referirse a lo que estaba sucediendo. Lo que en Francia se designaba con la etiqueta «estructuralismo» no sería sino un intento de formular una metodología general de las ciencias del hombre. No era la primera vez, ni la última, que se buscara situar los estudios literarios en relación con las ciencias sociales; de hecho esos intentos habrían sido un lugar común en el pensamiento del siglo XIX, desde Hegel hasta Taine y Dilthey. Esta observación, contraria a los aires de la época, sintetizaba el punto central de la discrepancia demaniana. La empresa desmitificadora, denominador común de la crítica continental, tendría su punto de partida en un ejercicio de mistificación. «Concebir la literatura (o la crítica literaria) como el resultado de una desmitificación podría llegar a ser el más peligros de todos los mitos» (19).

Contemporáneo a la escritura de «Crítica y crisis», el intempestivo rechazo de De Man hacia Roland Barthes estaría alentado por esta convicción. En octubre de 1966, ambos coincidieron en el célebre coloquio de Baltimore, «Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre: la controversia estructuralista», que marcó el ruidoso arribo de la nueva crítica francesa a la academia norteamericana. Estructuralismo y posestructuralismo llegaron juntos a los Estados Unidos. De Man asistió a la lectura de «Escribir, ¿verbo intransitivo?», el ensayo que Barthes preparó para la ocasión y en el que proclamaba, con empaque fundacional, el restablecimiento de la idea de literatura como «auténtica teoría del lenguaje». Una teoría que remitiría directamente a la *retórica*, dominante en Occidente desde Gorgias hasta el Renacimiento. Según Barthes establecía, la retórica, amenazada desde comienzos del siglo XVI por el advenimiento del racionalismo moderno, habría resultado definitivamente desplazada con el afianzamiento del clasicismo a fines del siglo XIX. A partir de ese momento, no habría quedado ninguna zona de reflexión en común entre la literatura y el lenguaje. La literatura ya no se sentiría lenguaje, excepto por lo que respecta a algunos escritores precursores como Mallarmé. El diagnóstico era drástico, generalizador y francocentrista. «Escribir, ¿verbo intransitivo?» anunciaba un *retorno a la retórica*, el reencuentro de la literatura y el lenguaje, por el doble camino del desarrollo de la lingüística, orientado a describir los efectos del mensaje, antes que su relación con el referente, y de la exploración radical de la escritura, que autores como Proust y Joyce habrían emprendido después de Mallarmé. El anuncio elegía un contexto poco propicio para sus aspiraciones inaugurales. A diferencia de lo que sucedía en Europa en general y en Francia en particular, donde las distintas escuelas formalistas —que

se convertirían en vanguardia teórica del continente— impactarían contra la crítica académica y tradicional de corte biografista y enciclopédico, los estudios literarios norteamericanos se habían visto dominados, desde los años 30 y hasta entrada la década del 50, por el *new criticism* y su defensa del carácter autosuficiente del lenguaje poético.³

Cuando el simposio de Baltimore, De Man era ya un especialista en romanticismo y posromanticismo francés, inglés y alemán; no tenía aún ningún libro publicado, pero las decenas de artículos en revistas mostraban que la sutileza autorreflexiva y el cosmopolitismo eran rasgos centrales de su trabajo. Barthes acababa de publicar *Crítica y verdad* y su figura había alcanzado una notoriedad pública inusitada. De Man lo leía desde de *El grado cero de la escritura* (1953); había escrito sobre ese libro y *Michelet* en «Impás de la crítica formalista», publicado en *Critique* 109 (junio 1956) e incluido luego en *Visión y ceguera*. Las observaciones que planteaba en esa oportunidad anticipaban en parte la intervención de Baltimore. Es probable que las circunstancias no fueran recíprocas y Barthes no supiera quién era De Man. El encuentro entre ambos resultó lo suficientemente destemplado como para que éste calificara de «golpes» las objeciones que De Man le dirigió en el debate posterior a la lectura. La intervención de De Man desconoció las novedades que Barthes introducía y focalizó sus reparos en dos problemas de los que venía ocupándose desde tiempo antes: el de la historia y el de la interioridad (Waters:79). El alcance de las objeciones se proyectó sobre aspectos previos de la obra de Barthes.

Me gustaría hablar un momento del trato que Roland Barthes da a la historia. Creo que tiene usted un mito histórico optimista (...) que está relacionado con el abandono de la última forma activa de la filosofía tradicional que conocemos, la fenomenología, y el abandono de la fenomenología por el psicoanálisis, etc. Esto representa un proceso histórico y posibilidades extremadamente optimistas para la historia del pensamiento. Sin embargo tiene usted que demostrarnos que los resultados del análisis estilístico que hace son superiores a los que obtuvieron sus predecesores y que eso ocurre gracias a este cambio optimista que está relacionado con una cierta renovación histórica. Debo admitir que me han defraudado un poco los análisis específicos que usted nos ha ofrecido. No creo que presenten ningún progreso en relación con aquellos de los formalistas, rusos o americanos, que utilizaron métodos empíricos, aunque sin emplear ni el vocabulario ni el marco conceptual que usted utiliza. Pero más seriamente, cuando se refiere a hechos de la historia literaria, dice usted cosas que son falsas desde el punto de vista de un mito típicamente francés. (...) Encuentro en su obra una concepción falsa del clasicismo y el romanticismo. Cuando, por ejemplo, con respecto a la cuestión del narrador o del «doble ego», habla de la literatura desde Mallarmé, o de la nueva novela, y las opone a lo que ocurre en la novela romántica, o en el relato o en la autobiografía románticas, usted simplemente se equivoca. En la autobiografía romántica o, mucho antes de ella, en el relato del siglo XVII, se encuentra esta misma complicación del ego (*moi*), no sólo inconscientemente, sino tratada explícita y temáticamente y de forma mucho más compleja en la novela contemporánea. No quiero continuar este desarrollo; quiero, simplemente, indicar que usted tergiversa la

historia *porque* necesita un mito histórico del progreso para justificar un método que todavía no es capaz de justificarse por sus propios resultados.⁴ (De Man en Macksey y Donato:169)

En el contexto de la discusión general, la embestida reorientaba las denuncias contra el supuesto ahistoricismo de la nueva crítica francesa que Lucien Goldmann había presentado pocas intervenciones antes.⁵ Mientras Goldmann agitaba el consenso sociológico en el interior de las nuevas tendencias, al alertar sobre la ideología encubierta en la llamada «desaparición de la historia», De Man denunciaba el optimismo al que Barthes suscribía. La intervención asumía un tenor específico y erudito, acorde a la solvencia que acreditaban sus estudios sobre romanticismo, y acertaba al identificar el afán de novedad como la principal debilidad del planteo barthesiano. Aunque es probable que Barthes nunca se desprendiera definitivamente de él, el mito progresista de la historia dejaría de tener incidencia en sus escritos recién a fines de los años 70.

El optimismo barthesiano comprometía para De Man varios planos implicados. El abandono de la fenomenología por el psicoanálisis y otras disciplinas —que su exposición no especificaba, pero que era sencillo reponer: lingüística, antropología, sociología— configuraba el nivel más general de su progresismo, el epistemológico. El reemplazo de la filosofía como disciplina auxiliar de la crítica literaria por las entonces llamadas «ciencias sociales» (incluido, el psicoanálisis) constituiría, para De Man, el anuncio ampuloso de un progreso cuyas consecuencias favorables permanecían indemostradas. Su desconfianza era explícita. El furor epistemológico de Barthes contrastaba con los resultados estilísticos concretos que ofrecían sus análisis textuales. «Me han defraudado un poco los análisis específicos que usted nos ha ofrecido». La decepción se explicaba en buena medida por el «refinamiento y originalidad metodológica» que, aun con diferencias profundas en otros aspectos, De Man reconocía en el *new criticism* norteamericano. «No cabe duda de que la interpretación textual y la “lectura detenida” [*close reading*] de los formalistas norteamericanos han perfeccionado técnicas que permiten un refinamiento especial para sorprender detalles y matices en la expresión literaria» (De Man 1991:34). De la decepción a la denuncia, el tono de la intervención se enardecía. De Man no sólo subrayaba los déficits de Barthes en materia de técnicas narrativas, sino que además lo acusaba de manipular la historia literaria. De todas las inconsistencias del ensayo, esa manipulación era la que más lo irritaba. «Escribir, ¿verbo intransitivo?» proponía un contraste esquemático y apresurado entre las formas de la interioridad en la escritura romántica y sus manifestaciones en la escritura moderna, desde Mallarmé a la nueva novela francesa. Barthes asimilaba los procedimientos objetivistas a los avances contemporáneos de la lingüística de la enunciación e ignoraba la tradición literaria de cuño romántico que estos procedimientos convocaban.

La severidad de De Man recortaba un aspecto, si no lateral, complementario del ensayo. Aunque era evidente que Barthes hacía un uso arbitrario y estratégico del romanticismo, De Man elegía leerlo como a un especialista y sancionar sus

faltas. La decisión no sólo traducía el malestar que el esnobismo y la frivolidad metodológicos de Barthes le provocaban sino que manifestaba además el tenor admonitorio que alentaba su divergencia. Aunque las razones eran certeras, su actuación resultaría desafortunada. «Here De Man's questioning of Barthes' paper is cutting to say the least and thin on the niceties of academic protocol» (McMillan:71). La descortesía podía leerse, según enseñaría más tarde, como «síntoma desplazado» de una resistencia inherente a la empresa teórica misma (De Man 1990a:24). Establecidas las críticas sobre el progresismo y las fallas técnicas de Barthes, las observaciones de De Man se precipitaban en exabrupto toda vez que sus enunciados avanzaban desconociendo sus convicciones. «Pero más seriamente —recapitulaba De Man, e importa en este caso subrayar la fuerza del adverbio—, cuando se refiere a los hechos de la historia literaria, dice usted cosas que son falsas (...). Encuentro en su obra una concepción falsa del clasicismo y el romanticismo». La apelación a *lo serio* daba vía libre a la denuncia; el intercambio dramatizaba sus aristas judiciales. Para De Man, Barthes no *erraba* o *malinterpretaba* o *reducía* las concepciones del clasicismo y el romanticismo sino que las *falseaba*, las *tergiversaba*: la inculpación atribuía roles asimétricos a los interlocutores. El reclamo de *verdad*, subyacente a la denuncia, denegaba lo que De Man ya sabía, y desarrollaría con precisiones a lo largo de su obra, acerca del lenguaje: por un lado, su *naturaleza retórica o tropológica*, al retrotraer los criterios interpretativos a valores lógicos, como los de verdad y falsedad y, por otro, aunque en rigor se trataba de distintas fases de lo mismo, el *carácter pragmático de la teoría*, al desconocer la fuerza performativa de los actos que la constituyen. La resistencia a Barthes se ejercía sobre todo en la determinación de abordarlo desde una perspectiva *metateórica* antes que *pragmática*, como si «Escribir, verbo intransitivo», y toda la obra barthesiana, pudiera leerse como una suma de enunciados, prescindiendo de la microfísica de las acciones y los afectos que la atraviesan.

Por espíritu de supervivencia, dificultad para hacer algo mejor u oportunismo —es difícil establecer los motivos aunque debió tratarse de una mezcla de todos—, Barthes contestaría antes al tono que a los cargos. El tenor moral de las acusaciones recibidas (defraudación, falsedad, mistificación, tergiversación) le permitiría asimilar los reproches de De Man a las censuras de la antigua crítica. Así como éste lo convertiría en un improvisado, un charlatán, alguien que hablaba de lo que no sabía, prometía más de lo que daba y desconocía, cuando no fraguaba los hechos de la historia literaria, Barthes lo convertiría en Raymond Picard y eludiría comparecer ante su tribunal. «Es difícil responder porque usted pone en duda mi propia relación con lo que yo mismo digo» (Barthes en Macksey y Donato:169). La respuesta profundizaba el tenor idiosincrático que su perspectiva le imponía al asunto:

Pero diré muy de pasada, y arriesgándome a nuevos golpes de parte suya, que nunca consigo definir la historia literaria con independencia de lo que la historia en general le ha añadido. En otras palabras, siempre le doy una dimensión mítica. *Para mí*, el Romanticismo incluye

todo lo que se ha dicho acerca del Romanticismo. Por consiguiente, el pasado histórico actúa como una especie de psicoanálisis. *Para mí*, el pasado histórico es como una especie de materia viscosa por la que siento falsa pena y de la que intento extrañarme viviendo mi presente con una especie de combate o violencia contra este tiempo mítico, situado inmediatamente detrás de mí. (169–170. *Cursivas mías*).⁶

El argumento retomaba de modo indirecto las razones iniciales de *Crítica y verdad*, apelando con rudeza al psicoanálisis, un recurso que Barthes blandía a menudo con ánimo terrorista. Su insistencia en el carácter inconcluso del pasado —el sentido del romanticismo (como el del clasicismo en la disputa sobre Racine) permanecía en ciernes y por tanto la discusión se extendía hasta el presente— respondía a los reparos del adversario como si estos reparos suscribieran a las mitificaciones tradicionales, en lugar de estar impugnando las que él mismo (Barthes) postulaba. *Crítica y verdad* proponía retomar los objetos del pasado y volver a describirlos para saber *qué se podía hacer con ellos*: «esos son, esos deberían ser los procedimientos regulares de valoración», afirmaba Barthes (1981:9). Justamente los que De Man ejercía sobre los textos del romanticismo europeo desde hacía más de una década.

Aunque la respuesta de Barthes promoviera el equívoco, no estaba allí la disidencia entre ambos. El mandato barthesiano recreaba la enseñanza romántica a la que ambos adherían. La voluntad de retorno crítico a lo establecido convivía con el vanguardismo de Barthes e inspiraba algunos de los momentos más aventurados de su escritura. La diferencia no se planteaba en torno a la posibilidad o legitimidad de ese retorno sino sobre las formas específicas que adoptaba en cada caso. Esa sería la cuestión para De Man. Cuando en la primavera de 1967, unos pocos meses después del simposio de Baltimore, dictase en la universidad de Princeton el seminario «Romanticism and Contemporary Criticism», la conferencia inaugural desarrollaría el sentido de las objeciones que había dirigido a Barthes, extendiendo los cargos a las lecturas que los estructuralistas franceses proponían del movimiento romántico.⁷ Su máxima discrepancia con estos enfoques serían los prejuicios «*overwhelmingly antiromantic*» que orientaban los desarrollos sobre el romanticismo (De Man 1993:5). El estructuralismo sería antiromanticismo disfrazado (Jiménez Heffernan:55). La voluntad desmitificadora de la nueva crítica postularía en el movimiento romántico, y su creencia en la autonomía del yo, el mito negativo que activase y justificara la dinámica esclarecedora propia de la empresa. Desmitificar implicaría, para De Man, restringir las posibilidades de la interpretación al encuentro de una verdad superadora, establecida de antemano. La advertencia presentaba una objeción perentoria al *ejercicio desmitificador* en pleno auge de sus beneficios metodológicos.

Volver a Barthes

En 1972 los editores de *New York Review of Books* le ofrecieron a De Man la posibilidad de volver a Barthes, al proponerle que escribiera sobre su obra, con

motivo de las traducciones al inglés que acababan de publicarse en los Estados Unidos: las de los de *Ensayos críticos* y una versión abreviada de *Mitologías*. El análisis de las razones que alentaron su rechazo en el simposio de Baltimore y la insistencia en la crítica al mito progresista de la desmitificación orientaron la escritura de uno de los análisis más agudos y sopesados que recibiría la semiología barthesiana durante su desarrollo. Aunque no llegaría a publicarse en la revista, aparentemente, porque los editores lo encontraron demasiado especializado para una audiencia amplia, el propósito de «Roland Barthes y los límites del estructuralismo» sería brindar al público estadounidense una visión que se anticipara tanto a un *rechazo injustificado* («unwarranted dismissal») hacia las postulaciones de Barthes (el calificativo iniciaba la autocrítica de De Man), como a un *entusiasmo inadecuado* («mis placed enthusiasm») por los aspectos de la obra con los que el propio autor ya no se sentiría identificado.⁸ En dirección al primer recaudo, De Man corregiría en forma tácita, sin mencionar el exabrupto de Baltimore, errores anteriores. Si bien era cierto que, tal como había señalado entonces, las innovaciones de Barthes en materia de análisis textuales eran poco significativas, eso se explicaría ahora en el reconocimiento de que —a diferencia de lo que sucedía con los «estructuralistas puros» como Algirdas Greimas y Gérard Genette, por ejemplo, cuyos aportes resultaban en este aspecto más rigurosos y exhaustivos— Barthes era primordialmente «un crítico de la ideología literaria y, como tal, su obra era más ensayística que técnica».⁹ De Man rectificaba su punto de vista e invitaba a la lectura contextualizada, es decir, pragmática, de los ensayos de Barthes. La obra barthesiana describiría una «aventura intelectual más que el desarrollo científico de una metodología».¹⁰ La activa participación del ensayista en las disputas literarias y culturales de Francia requeriría que sus planteos se leyeran en el marco en que habían sido escritos, aquel en el que «los demonios ideológicos subyacían a la práctica de la crítica literaria».

A esta revisión inicial, De Man sumaba una relectura del optimismo epistemológico de Barthes. Esta relectura constituía el principal aporte del ensayo, el destinado a precaver a los lectores de un entusiasmo desactualizado. El «tono algo eufórico y apenas maníaco» («a some what euphoric, slightly manictone») de los escritos barthesianos, sus toques de trompetas en el umbral de importantes descubrimientos, deberían atribuirse no sólo al progresismo ideológico del autor, sobre el que De Man prodigaba ironías, sino también —y esto era lo fundamental— al quiebre que el descubrimiento de «la liberación del significante de los límites del significado referencial» («the liberation of signifier from the constraints of referential meaning») producía con toda forma concluida del pasado. La «revolución copernicana» que anunciaba el pensamiento barthesiano consistiría en rescatar al lenguaje de la «metáfora de la dependencia» («metaphor of the *dependence*»). Barthes no se limitaría a invertir el modelo de la significación, para proponer que, en lugar de esclavo del significado, el lenguaje se convertiría en su amo, sino que, más aventurado, proclamaría la *autonomía relativa del significante*, esto es, las propiedades materiales del signo con independencia de su función semántica

en el código. Derivado de las lecturas barthesianas de Lacan, la afirmación de la independencia del significante ratificaba a De Man en sus propias convicciones y lo impulsaba a profundizarlas. Para decirlo en sus términos, lo que se revelaba era que la naturaleza del lenguaje comprometía un juego de sustituciones y desplazamientos tropológicos que hacía de la expresión directa una imposibilidad filosófica. El modelo lógico-gramatical cedía ante la fuerza retórica del lenguaje. La retórica, afirmaba en «Semiología y retórica», un ensayo ineludible que publicaría en 1973, y que luego encabezaría *Alegorías de la lectura* (1979), su segundo libro, suspende de manera radical las determinaciones de la lógica y se abre a las posibilidades vertiginosas de aberración referencial.¹¹ El ejercicio de esta convicción le permitía a un tiempo apreciar la revuelta barthesiana e identificar, en el corazón de esa revuelta, el impulso de resistencia teórica que inhibía las mismas posibilidades que desencadenaba el principio de *autonomía del significante*.

El examen de la paradoja en que se sustentaba la semiología barthesiana circunscribía la preocupación fundamental en esta oportunidad. De un modo que perfilaba sus impresiones anteriores, De Man encontraba que el poder desmitificador de la disciplina constituía «tanto una fortaleza como un riesgo» («a source of strength and a danger»). La fortaleza estaba dicha: la semiología hacía estallar el mito de la correspondencia semántica entre signo y referente; afirmaba el libre juego del significante contra la lectura referencial y temática. El riesgo era menos evidente y definía el aporte de la interpretación demaniana. Convertida en instrumento de develación ideológica, la autonomía del significante manifestaba el «exceso de confianza» que conducía a Barthes a engendrar su propia mistificación a nivel del método. El ideal científico que lo orientaba reducía al dominio ideológico lo que en rigor, y según argumentaban desde hacía tiempo las investigaciones de De Man, era una propiedad estructural del lenguaje. El reparo subrayaba el riesgo que implicaba postular ese ideal en un ámbito (el de la significación, el del lenguaje en general) en el que ninguna ciencia era posible, sino a condición de desconocer la naturaleza del «medio» en el que se operaba. El «tono embriagador» («heady tone») que percibía en las declaraciones de Barthes —De Man identificaba en los tonos, los indicios que agrietaban la consistencia de las razones— se encontraba siempre ligado al exceso de optimismo que le inducía la confianza en el hecho de «haber finalmente logrado basar el estudio de la literatura en fundamentos lo suficientemente sólidos» como para reclamar el nombre de ciencia.¹² Aunque De Man parecía no estar enterado, Barthes había revisado sus convicciones en un sentido que anticipaba el reconocimiento de los límites que le objetaba en esta oportunidad. En «La aventura semiológica», la conferencia autobiográfica que dictaría en Italia y publicaría en *Le Monde* en junio del 1974, se distanciaría en forma explícita (el alejamiento se había iniciado hacía tiempo) de la «euforia» y el «deslumbramiento» que unos años antes le había provocado el programa semiológico en tanto método de la crítica ideológica.

Las divergencias de De Man se orientaban contra ese programa convertido en instrumento de la develación ideológica. Sus críticas alertaban sobre el lugar de

privilegio que la literatura obtenía en la empresa desmitificadora. Al ser reconocida como portadora de una verdad ignorada por la dinámica de la discursividad social —la verdad que finalmente explicaría la naturaleza y el modo de funcionamiento de los discursos y las relaciones sociales en general— la literatura se convertiría en fundamento de la crítica ideológica. La observación iluminaba la resistencia de Barthes a dejarse atraer de modo definitivo por un pensamiento que asumiera la falta de verdad como pauta constitutiva. Aun cuando los avances teóricos, incluidos los suyos, confirmarían que no se la podía reducir a un significado específico ni a un conjunto de significados, bajo el imperativo científico, la literatura terminaría siendo interpretada de manera reductiva como si fuera una declaración o un mensaje. Barthes, concluía De Man, nunca renunciaría a la esperanza de que el trabajo negativo de la desmitificación ideológica pudiese, con el tiempo, prevenir la distorsión que imponía por sobre la literatura un significado asertivo, extraño a su propia naturaleza. La conclusión era categórica, demasiado categórica si se considera que en la página inicial de *S/Z*, el libro publicado en 1970 que recogía reelaborados los apuntes del seminario dictado en la École Pratique des Hautes Études entre 1968 y 1969, Barthes había anunciado ya su abandono del modelo estructural y se proponía rescatar la interpretación de la «mirada de la ciencia in-diferente» para devolverla al juego infinito de la autodiferencia de los textos (1987:1). Las lecturas de Nietzsche, Lacan y Derrida habían resultado decisivas. El tránsito del concepto de «estructura» al de «escritura» estaba en marcha.

«Tarde o temprano», prescribía De Man, «cualquier estudio literario, sin importar cuán rigurosa y legítimamente formalista sea, debe volver al problema de la interpretación, ya no desde la convicción inocente de una prioridad de contenido por sobre la forma, sino como consecuencia de una experiencia mucho más perturbadora, incapaz de depurar su propio discurso de las aberrantes implicancias referenciales».¹³ El retorno al problema de la interpretación era el camino que, aun con sus desvíos y tracciones, Barthes había emprendido con *S/Z*. La dificultad para apreciar ese retorno, que el libro promovía desde sus párrafos iniciales —«La interpretación» se titulaba el segundo—, avisaba sobre los prejuicios y límites activos en la relectura de De Man. Desde su punto de vista, *S/Z* se reducía a «un primer movimiento ejemplar en la elaboración de la ciencia semiológica».¹⁴ El desconocimiento de los planteos centrales del volumen resultaba flagrante y no podía atribuirse en su caso sino a factores de resistencia. El apego a la lucidez inicial con que De Man había sabido señalar los límites de la lectura estructuralista le impediría percibir que Barthes estaba excediendo las contradicciones que le reprochaba, en el mismo momento en que esos reproches iban tomando forma. La fidelidad a esa lucidez, la necesidad de insistir en las críticas a la semiología sin dejar de subrayar sus logros, se explicaba en parte por el contexto de recepción estadounidense, en el que los críticos se negaban a aceptar la autonomía del significante, buscando restablecer una idea a-problemática de la significación a partir de una defensa ingenua de los derechos del referente. Con

estos interlocutores, discutía de De Man en primer término. Al diálogo con ellos, y a la falta de empatía general que le provocaba el proceder barthesiano, habría que atribuir, en buena medida, la resistencia de De Man a percibir los cambios.

Si bien la pervivencia del imaginario científico y el afán de sistematicidad eran evidentes en las páginas de *S/Z*, el libro iniciaba, como establecía Éric Marty (126), la ruptura brutal y declarada con el estructuralismo. La ambivalencia era su signo. Contrario al ánimo semiológico que cifraba en el concepto de estructura la unidad del relato, Barthes se proponía deconstruir el *Sarrasine* de Balzac, a través de una tarea de segmentación metódica del flujo narrativo en distintos códigos. Dos impulsos contradictorios decidían la ambivalencia de la empresa. «Por un lado», sostenía Marty, «una ambición totalizadora que, a través de los cinco códigos, la hac[ía] asemejarse a las funciones del lenguaje elaboradas por Roman Jakobson, y, por otro, una suerte de juego de la oca en el que se trata[ría] de perderse» (128). La lectura de De Man ignoraba estos vaivenes y ejercía sobre los enunciados barthesianos una voluntad homogeneizadora, refractaria a las conversiones que definían la pulsión principal de la obra. Las críticas a *S/Z* resultaban extemporáneas. Oportuna para textos anteriores, como *Elementos de semiología* (1963) o *Introducción al análisis estructural de los relatos* (1966), la idea de que la semiología científica se encontraba desafiada por un problema del que no podía dar cuenta en términos puramente semiológicos perdía eficacia crítica aplicada a *S/Z*, en la medida en que los planteos centrales del libro excedían los presupuestos de la disciplina. Barthes negaba un alcance metodológico general al procedimiento definido en este caso, incluso cuando no renunciaba del todo al interés por aplicarlo a otros textos. De Man acertaba al señalar que el «código maestro, original», que sustentaba la operación desmitificadora, quedaba fuera de la comprensión de quien lo ejercitaba —«Una ciencia incapaz de leerse a sí misma ya no se puede denominar ciencia»—, pero erraba al imputar ese cargo a *S/Z* y, más aún, al generalizarlo.¹⁵ En el mismo sentido apuntado por De Man, y desde tiempo antes, Barthes ejercitaba la crítica al metalenguaje.

Corresponde a la semiología (...) cuestionar su propio discurso: ciencia del lenguaje, de los lenguajes, no puede aceptar su propio lenguaje como un dato, una transparencia, un utensilio, en un palabra, un metalenguaje. Afirmándose en las adquisiciones del psicoanálisis se interroga por el *lugar desde donde habla*, interrogación sin la cual toda ciencia y toda crítica ideológica son ridículas. (...) Dicho de otra manera, la ciencia, en última instancia, no conoce ningún lugar de seguridad, y en esto debería reconocerse como escritura. (Barthes 2009:19)

Al proponer la paradoja contenida en la idea de que la ciencia fuese finalmente escritura, Barthes asumía el carácter irrisorio en que se sustentaban sus convicciones anteriores. *Crítica y verdad*, el libro con que había llegado al coloquio de Baltimore, postulaba la ironía como cifra de la palabra crítica. De Man pasaba por alto esta afirmación. El descuido sorprende aun más considerando sus intereses románticos. A pesar de que su artículo enfatizaba la necesidad de la lectura

pragmática, las conclusiones ignoraban las convicciones heterogéneas que atravesaban la *performance* crítica de Barthes. La voluntad unificadora neutralizaba en este caso las oscilaciones que el libro exhibía entre *Ciencia, Crítica y Lectura* (mayúsculas y cursivas, de Barthes). «La autoridad controladora de la primera disciplina —afirmaba De Man—, la única que está libre del error de la semantización y que reclama la verdad, está fuera de duda» (1990b)¹⁶ De Man acreditaba más certezas que el propio Barthes sobre este punto. Definida como la cuestión planteada al lenguaje por el lenguaje, la ironía puntualizaba el tenor performativo que Barthes atribuía al acto crítico: el crítico sería aquél cuya verdad no procedería estrictamente del sentido de lo dicho sino de la convicción que transmitiría su decisión de decirlo. El reconocimiento de la naturaleza simbólica de lenguaje, la llamada «lengua plural», establecería un punto de partida a sus argumentos. La afirmación del carácter indeterminado del sentido, su ambigüedad constitutiva, coexistiría, sin ahorrar contradicciones, con los anhelos de cientificidad. Las contradicciones y los vaivenes definían el corazón móvil de *Crítica y verdad*.

Lo nuevo no consistiría para Barthes en aferrarse a un lenguaje probado, sino en virar de un lenguaje a otro de modo de eludir el habla disciplinaria, que sin embargo tanto lo tentaba en esos años; la novedad era el tránsito. La ciencia de la literatura resultaba una conjetura y se enunciaba en futuro, su resonancia era oracular, postulaba el triunfo de la lingüística (Barthes) sobre la filología (Picard). (Moreno Villareal:16)

«Su objeto (si algún día existe)...», imaginaba Barthes (1981:59). El paréntesis era fundamental; poco tiempo después, lo reivindicaría como índice del escepticismo que le inspiraba el porvenir al que apuntaban sus postulaciones.

El ímpetu con que De Man desleía las ambivalencias barthesianas, la falta de disposición para acogerlas en una lectura acorde a la sensibilidad y las inquietudes del interlocutor, podría atribuirse, además de a las razones conjeturadas más arriba, a los efectos derivados de lo que en el prefacio a *La retórica del romanticismo* registraba como una «compulsiva tendencia» de estilo.

Algunos teóricos e historiadores de la literatura han convertido la naturaleza fragmentaria de la literatura posromántica en el principio estilístico de su propio discurso crítico. La afirmación de Adorno, en su *Teoría estética*, del carácter ejemplar de la parataxis (...) es un prominente ejemplo de ese principio estilístico. Como lo son las referencias de Eric Auerbach al estilo fragmentario de su propio libro en el capítulo final de *Mimesis* —desde luego, yo no puedo hacer semejantes afirmaciones. Mi compulsiva tendencia me obliga a la referida frustración por el permanente intento de escribir como si una progresión dialéctica fuera posible, más allá de las rupturas e interrupciones que la lectura desencadena. La aparente resignación ante el aforismo y la parataxis constituyen a veces una pugna por recuperar en el nivel del estilo lo perdido en el nivel de la historia. Al afirmar, de modo en sí mismo fragmentario, la inevitabilidad de la fragmentación, restauramos la unidad estética de manera y sustancia; esa unidad que bien puede ser lo que está en entredicho en el estudio histórico del romanticismo. (en Catelli:40)¹⁷

La tendencia a «escribir como si una progresión dialéctica fuera posible», y la respectiva frustración que ese intento le deparaba, referían una dinámica menos subjetiva de lo que De Man percibía en esa oportunidad. El comentario registraba la experiencia de un límite o una debilidad que sus razones recuperaban transformada en potencia. La vuelta argumentativa que la explicación imprimía a esa experiencia prevenía sobre el tenor del obstáculo al que se enfrentaban sus disquisiciones. Su escritura rozaba la indecibilidad del sentido, en el mismo momento en que su inteligencia la desconocía. De Man se dejaba tentar por la inteligencia, sustrayéndose a la frustración, al desasosiego del no saber, a que la escritura lo arrojaba. Las aspiraciones de su estilo desdecían las conclusiones que sus estudios sobre el romanticismo habían contribuido a instituir. La arrogancia de los argumentos, la grandilocuencia (¡recuperar en el nivel del estilo lo perdido en el nivel de la historia!), prevenía sobre el esfuerzo comprometido en la denegación. El empeño por justificarlos anhelos totalizadores de su estilo, rehusándose a restablecer la unidad entre forma y contenido, señalaba el núcleo paradójico de la resistencia demaniana. La escena de la justificación era irónica en sí misma. «La ironía», afirma Schlegel, «es la forma de la paradoja» (230). La posición que De Man asumía de manera inadvertida negaba los principios que sus investigaciones proponían. La «retórica de la autoridad» perdía sus prerrogativas cuanto más se afirmaba (Lentricchia:265). La idea de evitar la escritura fragmentaria, de renunciar al valor eminentemente romántico de la interrupción en la escritura, con el propósito de no restaurar la dialéctica entre manera y sustancia encubría, en su sofisticación, las dificultades del estilo demaniano para resignar el interés de establecerse como un pensamiento cierto verdadero, a salvo de las amenazas de la incomprendibilidad. Las certidumbres de su escritura, el exceso de inteligencia, o su envés, la falta de disposición a la ironía, habían simplificado la lectura de Barthes. El propósito irrenunciable de sancionar la verdad (es decir, los límites) de la semiología barthesiana había orientado sus intervenciones de tal modo que impediría que, una vez establecidos los déficits iniciales, De Man fuera capaz de percibir y valorar las mutaciones posteriores de Barthes. La pulsión aventurera del ensayista se eclipsaba ante la compulsión al reconocimiento que manifestaba la inteligencia demaniana. Los restos del eclipse retornaban, silenciando su procedencia, en algunos principios fundamentales de «La resistencia a la teoría». Con Barthes, De Man afirmaba: «El auténtico debate de la teoría literaria no es con sus oponentes polémicos, sino con sus propios supuestos y posibilidades metodológicos; “La resistencia a la teoría” es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje» (1990a:24–25). Con variaciones leves, estos enunciados habían encontrado una formulación anterior en *Crítica y verdad*.

Notas

- ¹ En «El concepto de ironía» (De Man 1998:231). *Airón*, en la primavera de 1967, con el título «The Crisis of Contemporary Criticism».
- ² Una versión inicial se publicó en el n° 6 de la revista

³ Para una caracterización del surgimiento y desarrollo de estos estudios en la academia norteamericana, consultar Lentricchia y Eagleton.

⁴ En el original:

I would like to speak a moment of Roland Barthes' treatment of history. I find that you have an optimistic historical myth (...) which is linked to the abandonment of the last active form of traditional philosophy that we know, phenomenology, and the replacement of phenomenology with psychoanalysis, etc. That represents historical progress and extremely optimistic possibilities for the history of thought. However, you must show us that the results you have obtained in the stylistic analyses that you make are superior to those of your predecessors, thanks to this optimistic change which is linked to a certain historic renewal. I must admit, I have been somewhat disappointed by the specific analyses that you give us. I don't believe they show any progress over those of the Formalists, Russian or American, who used empirical methods, though neither the vocabulary nor the conceptual frame that you use. But more seriously, when I hear you refer to facts of literary history, you say things that are false within a typically French myth. I find in your work a false conception of classicism and romanticism. When, for example, concerning the question of the narrator or the «double ego», you speak of writing since Mallarmé and of the new novel, etc., and you oppose them to what happens in the romantic novel or story or autobiography —you are simply wrong. In the romantic autobiography, or, well before that, in the seventeenth-century story, this same complication of the ego (*moi*) is found, not only unconsciously, but explicitly and thematically treated, in a much more complex way than in the contemporary novel. I don't want to continue this development; it is simply to indicate that you distort history *because* you need a historical myth of progress to justify a method which is not yet able to justify itself by its results (De Man en Macksey y Donato:150).

⁵ Convendría especificar la posición de Goldman en este punto. Si bien Goldman fue considerado uno de los principales protagonistas de la nueva crítica, él mismo especificó su modo de pertenencia en el ensayo «La so-

ciología y la literatura: situación actual y problemas de método» (1967). Su libro *El hombre y lo absoluto* (1955) lo convirtió en uno de los más notables revitalizadores de la obra de Racine en Francia. Secundó a Barthes contra Raymond Picard en la idea de que resultaría insuficiente explicar la génesis y la significación de la obra de Racine sólo poniéndola en relación con la biografía y la psicología del autor, pero reaccionó con virulencia contra la versión psicoanalítica que Barthes brindaba del teatro raciniano (Moreno Villareal:20).

⁶ En el original: «It is difficult to replay because you question my own relationship to what I say. But I will say, very recklessly and risking redoubled blows on your part, that I never succeed in defining literary history independently of what time has added to it. In other words, I always give it mythical dimension. *For me*, Romanticism includes everything that has been said about Romanticism. Consequently, the historical past acts as a sort of psychoanalysis. *For me* the historical past is a sort of gluey matter for which I feel an inauthentic shame and from which I try to detach myself by living my present as a sort of combator violence?against this mythical time immediately behind me. When I see something that might have happened fifty years ago, for me it already has a mythical dimension. However, in telling you this, I am not excusing anything; I am not excusing anything; I am simply explaining and that does not suffice.» (Barthes en Macksey y Donato:150–151. *Cursivas mías*).

⁷ Cinco de las seis conferencias que integraron el curso se reunieron en De Man (1993).

⁸ «Roland Barthes and the Limits of Structuralism» se publicó recién por primera vez en 1990 en *Yale French Studies* 77, en el dossier «Reading the archive: On Texts and Institutions, a cargo de E.S. Burt y JanieVanpée. En 1993 se incluyó en *Romanticism and Contemporary Criticism: The Gauss Seminar and Other Papers*. Los editores del dossier sostienen que la correspondencia de De Man con los responsables de *New York Review of Books* muestra el desacuerdo en torno a la excesiva especialización del vocabulario del texto. La versión de Waters (79) registra que el artículo fue rechazado debido a las críticas que realizaba a la perspectiva barthesiana.

En adelante, salvo que especifique lo contrario, todas las citas entrecomilladas pertenecen a la traducción de la versión publicada en *Yale French Studies*, que Leandro Bohnhoff preparó para circulación interna de la asignatura Análisis del Texto de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (Mimeo). Las versiones originales se consignan en nota al pie.

En adelante, salvo que especifique lo contrario, todas las citas entrecomilladas pertenecen a la traducción de la versión publicada en *Yale French Studies*, que Leandro Bohnhoff preparó para circulación interna de la asignatura Análisis del Texto de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (Mimeo). Las versiones originales se consignan en nota al pie.

⁹ En el original «Barthes is primarily a critic of literary ideology and, as such, his work is more essayistic and reflective than it is technical» (De Man 1990b:179)

¹⁰ «It has to be read and understood as an intellectual adventure rather than as the scientifically motivated development of a methodology». (De Man 1990b:179)

¹¹ En *Diacritics*, número 3 (otoño 1973), 27–33.

¹² «In this case, the questions have to do with the claim of having finally grounded the study of literature in foundations epistemologically strong enough to be called scientific» (De Man 1990b:184).

¹³ «Sooner or later, any literary study, no matter how rigorously and legitimately formalistic it may be, must return to the problem of interpretation, no longer in the naive conviction of a priority of content over form, but as a consequence of the much more unsettling experience of being unable to cleanse its own discourse of aberrantly referential implications» (De Man 1990b:187).

¹⁴ «S/Z, Barthes's most systematic piece of literary analysis to date, allows itself to be taken as a first exemplary move in the elaboration of such a science» (De Man 1990b:186).

¹⁵ «A science unable to read itself can no longer be called a science» (De Man 1990b:187).

¹⁶ «The controlling authority of the first discipline, the only one to be free of the error of semantization and to lay claim to truth, is beyond question» (De Man 1990b:186).

¹⁷ Cito la traducción que Nora Catelli propone de este párrafo, y no la que ofrece la española (*La retórica del romanticismo*, Madrid: Akal, 2007) por encontrarla más ajustada a la versión original. Mi lectura continúa lo señalado por Catelli en el comentario de este párrafo. En el original: «Some literary historians and theoreticians have made the fragmentary nature of post-romantic literature a stylistic principle of their own critical discourse. Adorno's claim, in his *Aesthetic Theory*, for the exemplary character of parataxis (...) is a prominent instance, as are Erich Auerbach's references to the fragmentary style of his own book in the final chapter of *Mimesis*. I can, of course, make no such claims. I feel myself compelled to repeated frustration in a persistent attempt to write as if a dialectical summation were possible beyond the breaks and interruptions that the readings disclose. The apparent resignation to aphorism and parataxis is often an attempt to recuperate on the level of style what is lost on the level of history. By stating the inevitability of fragmentation in a mode that is itself fragmented, one restores the aesthetic unity of manner and substance that may well be what is in question in the historical study of romanticism» (es la página IX, última del prefacio).

Bibliografía

- BARTHES, ROLAND (1966). *Crítica y verdad*. Siglo XXI, 1981. Traducción de José Bianco.
- (1987). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI. Traducción de Nicolás Rosa.
- (2009). «La aventura semiológica». *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós, 13–20. Traducción de Ramón Alcalde.
- CATELLI, NORA (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.
- DE MAN, PAUL (1990a). «La resistencia a la teoría». *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 10–37. Traducción de Elena Elorriaga y Oriol Francés [«The resistance to theory». *The resistance to*

- theory*. Minnesota: University of Minnesota Press/Minneapolis London, 1986. Foreword by Wlad Godzich].
- (1990b). «Roland Barthes and the Limits of Structuralism». *Yale French Studies* 77, 177–190. Traducción de Leandro Bohnhoff para circulación interna de la asignatura Análisis del Texto de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 2016.
- (1990c). *Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*. Traducción de Enrique Lynch. Barcelona: Lumen. [1979. *Allegories of Reading. Figural language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust*. New Haven, Connecticut: Yale University Press].
- (1991). *Visión y ceguera. Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*. Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico. Edición y traducción de Hugo Rodríguez Vecchini y Jacques Lezra.
- (1993). *Romanticism and Contemporary Criticism: The Gauss Seminar and Other Papers*. E.S. Burt, Kevin Newmark y Andrzej Warminski, editores. Baltimore/Londres: The John Hopkins University Press.
- (1998). *La ideología estética*. Madrid: Cátedra. Traducción de Manuel Asensi y Mabel Richart.
- (2007). *La retórica del romanticismo*. Madrid: Akal. [*The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press, 1984].
- EAGLETON, TERRY (1998). *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica. Traducción de José Esteban Calderón.
- JIMÉNEZ HEFFERNAN, JULIÁN (2007). «Paul de Man: el camino de la desesperación». Introducción a Paul De Man: *La retórica del romanticismo*. Madrid: Akal, 5–79.
- LACOUÉ-LABARTHE, PHILIPPE Y JEAN-LUC NANCY (2012). *El absoluto literario. Teoría de la literatura del romanticismo alemán*. Buenos Aires: Eterna Cadencia. Traducción: Cecilia González y Laura Carugati.
- LENTRICCHIA, FRANK (1990). *Después de la «nueva crítica»*. Madrid: Visor. Traducción de Ramón Buenaventura.
- MACKSEY, RICHARD Y EUGENIO DONATO (1972). *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista*. Barcelona: Barral. Traducción de José Manuel Llorca. [*The Languages of Criticism and Sciences of Man. The Structuralist Controversy*. Baltimore: The John Hopkins Press, 1970].
- MAC MILLAN, MARTIN (2011). «Barthes» De Man». *Roland Barthes*. New York: Palgrave Macmillan, 71–79.
- MARTY, Éric (2007). *Roland Barthes, el oficio de escribir*. Buenos Aires: Manantial. Traducción de Horacio Pons.
- MORENO VILLAREAL, JAIME (1992). «La posteridad del libro de Barthes». Barthes, Roland. *Sobre Racine*. México: Siglo XXI, 9–39.
- SCHLEGEL, FRIEDRICH (2009). «Sobre la incomprendibilidad». *Fragmentos* seguido de *Sobre la incomprendibilidad*. Barcelona: Marbot, 219–236. Traducción y notas de Pere Pajeroles.
- WATERS, LINDSAY (1996). «Paul de Man: Vida y obra». Introducción a *Escritos críticos*. Madrid: Visor, 11–81. Traducción de Javier Yagüe Bosch.